

El trigo, viejo compañero del hombre

En relieves hallados en una tumba de la XII dinastía tebana de Egipto se encuentran perfectamente representadas las escenas de la recolección: la siega con hoz, las gavillas cargadas en el asno, el grano recogido en sacos que se vacía en graneros abiertos por arriba, los escribas anotando las cantidades, el peso del producto en la balanza ante el tesoro real que controla la parte del campesino y del tesoro. Es decir, que hace cerca de cuarenta siglos, el primer pueblo cuya civilización conocemos a fondo, dejaba para la eternidad documentos gráficos de primer orden sobre la siega y las demás faenas campesinas hasta guardar el trigo en los graneros, sin olvidar la acción del fisco que cuenta y se reserva en especie la parte del tesoro público.

Nada de estos relieves, al menos en lo que se refiere a las faenas en pleno campo, ha variado en tantos siglos. Todo, naturaleza y hombre, es igual que hoy. El *felah* actual es el mismo campesino del Egipto clásico. El mismo en su atuendo canicular. Quizás algo distinto en su mentalidad, después de tantas dominaciones de Oriente y Occidente.

Esos relieves, con ser grande su antigüedad, representan escenas que ya se desarrollaban muchos siglos antes, porque es evidente que el trabajo común para preparar el suelo y recoger el fruto, supuso un primer paso en la organización social del pueblo egipcio que, habitante nómada de las terrazas desérticas, alimentándose, como los pueblos nómadas, de la caza, temía descender hacia el Nilo por miedo a la inundación anual. Tenía miedo a lo que precisamente iba a ser la base inmediata de toda su grandeza. El decir recogido de los antiguos por Herodoto, «Egipto es un don del río», no por archisabido es menos verdadero y eterno.

Así es como un pueblo nómada empieza a constituirse y pasa de los pequeños clans a un estado embrionario que va desarrollándose hasta formar el pueblo que abre las puertas de la gran civilización clásica. Mucho había de apoyarse la civilización egipcia en el orden espiritual, pero es evidente que, sin llegar a la estricta interpretación materialista de la historia, fué el cultivo del suelo y la ganadería arranque y mantenimiento de su grandeza, tanto por el bienestar de la abundancia, como por la organización social que la producción hizo necesaria.

El trigo, entre otros productos de la tierra, tuvo y tiene suma importancia en Egipto. Por ello no es extraño que encontremos referencias de este cereal tan remotas como la señalada que no es ciertamente única. Pero lo más curioso y que quizás todo el mundo no conoce, es que poseamos hoy puñados de trigo auténtico y en perfecto estado de panificación, produci-

¡ TODOS A UNA!....

Sale a la luz pública este número extraordinario en el que se fundan en una aspiración unánime todos los periódicos que actualmente se publican en nuestra Capital. Este número de la prensa con-
tense condensa el pensamiento del Frente Popular antifascista «todo esfuerzo colectivo por y para nuestra recolección».

Todos unidos para salvar la cosecha ubérrima de nuestros campos regada con el sudor de los campesinos. Ni una discrepancia de criterio, ni una disparidad en el esfuerzo ante el vital problema de la recolección. Predicamos con el ejemplo.

El Frente Popular de Cuenca fundido en el crisol de esta aspiración redentora, une sus esfuerzos en un sólo editorial para decirle a todos los ciudadanos que nadie deserte de su deber en las tareas actuales de recoger el fruto de lo que costó muchas fatigas, como premisa para ganar la guerra de invasión que padece España.

La Recolección

El fundamental problema de retaguardia, poderoso efectivo de resistencia, ha llegado en este instante: La recolección. Empleemos en parte o por entero, según posibilidades, nuestras energías en él. Meditemos seriamente sobre su importancia, fijémosnos en su trascendencia y procuremos su realización rápida y aprovechada. Es la fuerte voz de la Naturaleza al hombre, a la mujer y a la infancia. Es, ahora, el gran deber de estos ante nuestra Patria. Es la llamada silenciosa al oído, pero fuertemente expresiva a la vista y al corazón, de nuestros campos en sazón que en esta hora patriótica nos ofrecen el fruto venerable de muchos desvelos, de tantos cuidados, de otras tantas inquietudes. Es por último, ciudadanos españoles, la voz propia de la Naturaleza en nombre de una gesta histórica, dirigida por todo el campo de la España leal en reclamación del máximo cuida-

do, atención e interés en llevar a los graneros hasta el último grano de trigo producido y realizar lo mejor posible la serie de ocupaciones que esta total operación necesita. El eco de aquella voz lo reclama. Nuestro deber nos lo exige.

Demos satisfacción a ambos. Ha-

gámoslo por la guerra y para la victoria de ella; por la vida, ciertamente dura y difícil, de los combatientes que se sacrifican en los campos de batalla; por los miles de familias sin hogar, por los niños alejados de los suyos, por nuestros propios hijos, por todos, por nosotros mismos.

Hacer la recolección y hacerla bien es ley moral y económica que su cumplimiento exacto lleva una gran dosis de seguridad y dependencia republicanas y por ende el porvenir de nuestra Patria.

Contribuyamos todos desde el lugar que podamos y con el útil de trabajo que podamos manejar a la solución rápida y oportuna de este gran problema, en la seguridad completa que con ello cumplimos el gran deber de esta hora histórica: Ayudar poderosamente a la salvación de la República Española.

Cada uno, desde su puesto, puede y debe hacerlo, sin vacilaciones, sin rivalidades; poniendo en su labor la fé en el triunfo y la confianza en la victoria.

M. Parrilla.



Su Excelencia el Presidente de la República D. Manuel Azaña, figura cumbre de la historia patria en los momentos actuales por que atraviesa España.

do en Egipto hace decenas de siglos y conservado como ofrenda familiar en las cámaras funerarias de mastabas y pirámides modernamente descubiertas. ¿Qué otro alimento animal o vegetal ha podido nutrir al hombre al cabo de milenios de su germinación? ¡Gran cereal este trigo maduro en los albores de un gran pueblo y cuyo cultivo hizo madurar una gran civilización! Gran cereal que, guardado durante siglos y siglos, puede darnos hoy el pan que trabajaron hombres de remotísimas edades. Trabajadores tan lejanos en el tiempo y el espacio, tan distintos en espíritu y en cuerpo y tan iguales en el fondo, trabajadores al fin como los de hoy y los de mañana.

Ahora, como hace tantos siglos, un gran pueblo que se apresta a levantar su cosecha que es la vida de mañana. Los campos donde las mieses esperan han de ser escuela de orden, de trabajo concienzudo, de solidaridad social. Nadie que sea

llamado por el pueblo puede denegar su esfuerzo. Ni una sola espiga debe quedar abandonada. Ni un grano desperdiciado.

Las mieses esperan maduras bajo el sol. Las amapolas puntean los trigales; gotas de sangre fresca nacidas entre el grano. Que ese trigo, eterno compañero del hombre, sirva con el esfuerzo de hoy, para ahorrar la sangre y el dolor de mañana.

IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA

Vamos a presentar a nuestros lectores un tema interesante y de una preocupación justificada por ser de plena actualidad el relacionado con el cultivo agrícola. De su buena orientación y perfecto desarrollo depende la subsistencia del hombre y de ello resulta que éste tiene el deber riguroso e indiscutible de labrar esmerada-

mente la tierra por ser primordial e inagotable fuente de vida.

Si razonásemos con serenidad la legislación agraria para averiguar el impulso del sistema colectivo, observaríamos que, en el aspecto doctrinal tiene su fundamento en el derecho racional base de un movimiento social ampliamente debatido.

La ocupación de una tierra cuando la ejerce un individuo, significa usurpación, pero cuando la ejerce una colectividad se denomina conquista. He aquí la razón del por qué de la creación de las colectividades y su protección por el Ministerio de la Agricultura. El colectivismo se apoya en una razón humana; sin embargo puede degenerar a un estado de perturbación y de perjuicio con merma incluso de la producción, cuando en la forma domina el egoísmo personal con desprecio del buen sentido que es el alma en que se inspira tan magnífica reforma social.

En esa lucha pudiéramos decir que se comprendía toda la Historia de la Humanidad.

Si retrotraemos nuestra memoria a tiempos pasados, observaremos, que ya entonces la insaciable Roma se engrandeció con las tierras arrebatadas

das a sus aledaños y mas tarde a los pueblos de Occidente y de Oriente consiguiendo en gran parte adueñarse de las mayores proporciones, dictando seguidamente leyes para sancionar sus rapiñas, que desgraciadamente aun perduran, y repartiendo el botín de sus expoliaciones a los más poderosos quienes en consecuencia se hicieron propietarios sin sacrificio alguno de inmensos latifundios, o grandes fincas territoriales. De ahí resulta que los humildes cuyo esfuerzo personal tanto había contribuido a la bélica conquista del suelo, al verse desheredados por el abusivo reparto, se enconasen contra los opulentos, detentadores de casi todo el feudo patrio, surgiendo así continuas y tremendas conflagraciones de funestas consecuencias para las gloriosas Repúblicas.

No hemos de olvidar, que España fué sometida al yugo romano y aquella legislación vinculadora echó raíces hondas, que han ido arraigando el régimen feudal, sin que también para captar el apoyo de los caudillos, hicieron cesar de muchas tierras, que así favorecidos los miserables criados al trabajo, cías al movimiento social. Este empuje comenzó a brotar, valiéndose para los trabajadores rectos, lo que ya como fundamento humano se estableció en la legislación del siglo XIX: «Apoderarse debe el pueblo por fuerza de la tierra cuando no lo hiciese por maestría o por ar. Los enormes avances de la Sociedad que legítimamente iban desfilando para redimir al obrero, al cultivador de la tierra, de la esclavitud a que estaba sometido, fracasaron ante la oposición injustificada de los privilegios, no obstante su arbitraria procedencia han querido sostener, primeramente, por las ventajas de su encumbramiento, y después conduciéndonos a esta lucha sangrienta y salvaje, fruto de las almas sin conciencia.

La tierra es el sostén más elemental de la Sociedad. Venceremos en la batalla, porque moviendo a tiempo el motor de la producción se consolidan mas y más cada día los cimientos en que apoyamos nuestra defensa. La agricultura debe redimirse de tal modo que desaparezca por completo la posibilidad de una nueva tentativa de arrebato. No puede aceptarse procedimiento o sistema que impida la libre actividad, y usurpe la legítima recompensa de la labor agrícola.

El labrador debe ser el primer soldado de la nueva civilización, y si él fué siempre condenado a trabajar la tierra con miles de fatigas, no podemos olvidar que el pan que a nosotros llega es sudor, fruto de ese intenso trabajo que hemos de secundar, no ya por un mandato imperativo, sino por comprensión, por convencimiento.

Una absoluta identificación con el labrador y un encariñamiento bien compenetrado con los problemas agrícolas ¡que deben considerarse como los más fuertes baluartes de la sociedad! serán los determinantes de una derivación favorable de nuestro estado económico que se supere ante la decadente situación rebelde.

La agricultura es la principal fuente de riqueza. Dos objetivos pues reclaman nuestro interés decidido; la guerra y la agricultura íntimamente ligados el uno al otro, porque sin el fruto del segundo no podríamos hacer frente a las necesidades apremiantes del primero. Demos la batalla en los dos aspectos. ¿Cómo? Entregándonos definitivamente, con renunciación a toda clase de posturas o conveniencias, para defender los productos de la tierra que suponen el cimiento básico para la conquista total de los postulados democráticos que siempre fueron afán permanente de las clases trabajadoras.

R. Pulla.